

**Hay Un
Nuevo
Nombre
Escrito en
GLORIA**

por Jimmy Swaggart

**Hay Un
Nuevo
Nombre
Escrito en
GLORIA**

por Jimmy Swaggart

(Principios para un vivir cristiano)

Este libro fue publicado originalmente
en inglés con el título de

**There's a New Name
Written Down in Glory**

Edición en idioma español.

© Jimmy Swaggart, 1981

Baton Rouge, Louisiana 70821

Reservados todos los derechos.

Baton Rouge, Louisiana

Querido hermano o hermana en Cristo:

¡Felicitaciones! Acaba de hacer usted la más trascendental decisión de toda su vida. Ha encontrado la respuesta a todos *sus* problemas, y asimismo la respuesta al pecado. Ha encontrado al Señor. En el preciso instante en que aceptó a Cristo como *su* personal Salvador, el Señor transformóse en Señor de su vida y *su* nombre fue inscripto en el libro de ^{la} vida del Cordero (Apocalipsis 21:27).

Habiéndose convencido que *“todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”* (Romanos 3:23) hizo usted lo que Dios le dijo que hiciera, es decir quitó la mancha del pecado de *su* vida. Romanos 10:9, 10 dice: *“Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”*.

Creyó usted en su corazón y confesó con su boca. Por lo tanto, según la promesa personal de Dios, ¡usted está salvo!

Le envió este opúsculo al *comienzo* de su andar cristiano. Si usted lee y *sigue* las sugerencias impresas, le garantizo una exitosa y gozosa vida en Cristo.

Todo lo que sigue es escritural. Nuestro Señor Jesucristo se preocupó tanto de nosotros, como cristianos, que empleó buena parte de Su ministerio humano en establecer instrucciones sobre *cómo* debiéramos vivir para gozar de una exitosa vida cristiana. Corresponde a *todo* cristiano tomar a pecho el buen consejo que nos da la Santa Palabra.

En la reunión en la cual decidió usted entregar su vida al Señor, es probable que me oyó cantar este himno. Para que pueda usted apreciar verdaderamente sus palabras, lo anotamos a continuación:

Merece felicitaciones
Ha encontrado la respuesta
Ha encontrado al Señor
Ha encontrado la verdadera vida
Ha cruzado los linderos
¡Merece felicitaciones!
Ha encontrado al Señor.

Nuevamente, ¡felicitaciones!

En el servicio del Maestro, suyo,
Jimmy Swaggart

EL PLAN DE SALVACION

La Biblia nos dice en Romanos 3:23 que *“todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”*.

En el capítulo cinco de la Epístola a los romanos, versículos doce al veintiuno, se nos dice cómo entró el pecado en el mun-

do, por la acción de *un hombre*, Adán. El pecado de Adán contra Dios (desobediencia) abrió el sendero que ha sido transitado por *todos* los hombres nacidos después de él. ¿Cuál es la consecuencia del pecado? Leamos Romanos 6:23. Nos dice: “*¡La paga del pecado es muerte!*”

Un pecador no tiene un sitio en el Reino de Dios. Y, puesto que *todos* pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, se desprende, lógicamente, que *nadie* es digno de entrar en el Reino. Si Dios hubiera dejado ahí las cosas, nadie podría haberse salvado jamás.

Pero resulta que Dios no dejó ahí las cosas. Dios nos ama a todos y a cada uno de nosotros. Dios quiere “*que ninguna perezca*” (2 Pedro 3:9).

Si Dios habría de salvarnos, *a pesar de* nuestra tendencia a pecar, tendría que elaborar un plan según el cual alguien (infinitamente más puro que nosotros) tomara nuestro lugar, cargara con *nuestro* castigo y nos vistiera luego con *Su* santidad. Solamente entonces podríamos ser aceptables ante Dios. “*De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Juan 3:16).

Cada uno de nosotros *sabe*, como salvados hijos de Dios, que Dios *nos* ama. Sabemos que todos somos pecadores hasta que aceptamos el sacrificio de Jesús como expiación por nuestros pecados personales.

Eso es lo que hace el pecador cuando se adelanta en el auditorio y repite con el predicador la oración del pecador.

En ese preciso instante Cristo entra en el corazón y hace allí su morada. Esa es la promesa que tenemos en la palabra de Dios, en la primera epístola del apóstol Juan, 4:13-15: *“En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros... todo aquel que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él...”*

En el preciso instante en que aceptamos a Jesucristo como Señor (y Amo de nuestra vida) y aceptamos Su sacrificio como expiación por nuestros pecados, el viejo “yo” *¡desapareció de la faz de la tierra!*

¿Es posible tal cosa? Basta leer 2 Corintios 5:17. Dice así: *“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”*.

¿Hemos sido “nuevos” anteriormente? Sí, en el momento en que nacimos. Nuestra vida era una hoja en blanco, esperando que se anotaran en ella las primeras calificaciones, buenas o malas. Pero no vivimos nuestra vida tan bien como habríamos podido hacerlo. Ninguno de nosotros jamás lo ha logrado. Con harta frecuencia dice la gente: —¡Si tan solo pudiera vivir mi vida de nuevo! ¡Haría tantas cosas de otra manera!

Detengámonos a pensar en esto. *¡Hoy mismo empezamos a vivir nuestra vida de nuevo! Hoy somos nuevas criaturas en Cristo y las viejas cosas pasaron. Nuevamente,*

por el hecho de haber aceptado a Jesús como expiación por *nuestros* pecados, tenemos una hoja inmaculada, no viciada, para empezar a escribir en ella la historia de nuestra vida.

¿Pero qué decir de nuestros *viejos* pecados? ¿Realmente los habrá perdonado Dios? Aún cuando haya borrado la hoja escrita, ¿significa que se ha olvidado de ellos?

He aquí otra demostración del amor de Dios. Dios nos dice que no solamente han sido perdonados nuestros pecados, ¡sino que han sido totalmente *disueltos!* En lo que a Dios respecta, nunca *existieron*.

El enemigo tratará de utilizar nuestros recuerdos de pecados pasados para introducir una cuña entre nosotros y Dios. Procura convencernos de que somos demasiado *malos* para merecer el amor de Dios. ¡Nunca olvidemos esto! Una vez que hemos aceptado a Jesús en nuestro corazón, ¡nos vestimos con nueva y blanca vestidura! Y cada vez que Dios nos mira, lo único que ve es esa vestidura nueva y blanca que Su unigénito Hijo compró para nosotros.

Nunca proviene de Dios el sentimiento de culpa por pecados pasados que suele acometernos. *Siempre* proviene del enemigo. Nunca debemos abrigar tal sentimiento. Borrémoslo de nuestra mente no bien aparezca. Recordemos la promesa de Dios: "*Nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades*" (Hebreos 8:12 y 10:17).

Y ahora, como nueva criatura en el Reino de Dios, hemos "nacido de nuevo", como

lo determinó Jesús en Juan 3:3. Ataviados en nuevas y resplandecientes vestiduras no somos, sin embargo, un producto terminado. Al igual que la *primera* vez que nacimos, debemos desarrollarnos, crecer y madurar antes de llegar a ser miembros productivos de nuestra sociedad.

Ese es el propósito de este opúsculo: delinear un bosquejo, un marco básico según el cual podemos llegar a ser cristianos maduros y *productivos*. Al percibir en toda su dimensión lo que hizo Jesús, al cargar sobre sus hombros nuestro castigo, ¿qué otra cosa podríamos desear que ser eficaces obreros en la ejecución de *Su plan*?

DIARIA LECTURA DE LA BIBLIA

La palabra de Dios nos insta a estudiar la Biblia. Dijo Jesús en Juan 5:39: "*Escudriñad las Escrituras...*"

Pablo, escribiendo bajo inspiración del Espíritu Santo dijo en 2 Timoteo 2:15: "*Procurad con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra (las Sagradas Escrituras) de verdad.*" ¿Cómo podemos deslindar la sana doctrina de la que es falsa si no conocemos la palabra de Dios?

Fue en base a la palabra de Dios, predicada en mi reunión y vivificada (hecha nacer) en su corazón por el Espíritu Santo, que *usted* decidió dar el trascendental paso

que le asegura una bienaventurada eternidad con nuestro Señor.

La palabra de Dios es más poderosa de lo que es dable imaginar. Pedro nos dice, en 1 Pedro 1:23 que somos renacidos *“por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”*.

Pablo, en su segunda carta a Timoteo, confirma lo anterior cuando dijo: *“... las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación...”* (2 Timoteo 3:15).

De modo que la palabra de Dios, tal como la tenemos en nuestras modernas Biblias, es una fuerza poderosa, capaz de rescatar a los pecadores del borde mismo de la muerte y llevarlos a la vida eterna... *¡simplemente por escuchar la palabra!* ¿Cómo es posible que un “libro” escrito por muchos hombres, en un lapso de siglos, pueda tener semejante poder? *Porque todas y cada una de las palabras de la Biblia son Palabra de Dios, inspirada (por medio del Espíritu Santo) en los hombres que escribieron esas palabras.*

¿Cómo lo sabemos? Por lo que leemos en 2 Timoteo 3:16, que dice: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios”*. ¿Y qué propósito persigue? Resulta indispensable si hemos de reconocer y seguir la sana doctrina y vivir una vida en un todo de acuerdo a la voluntad de Dios. Pablo lo expresa de la siguiente manera: *“... y útil para enseñar, para redargüir (reprender a los que se descarrián), para corregir (a nosotros mismos*

y a otros), *para instruir en justicia.*" ¿De qué manera podemos instruir a otros en los caminos de la justicia (los caminos de Dios) si no *conocemos* los deseos de Dios tal cual figuran en Su palabra?

Nuestra fe en Dios, y en todos los *beneficios* de que disponemos por ser Sus criaturas, dependen de que *conozcamos* esos derechos, esos privilegios y esos gratuitos dones de Dios. Si alguien abriera una cuenta bancaria a nuestro nombre en otro Estado pero no nos informara de ello, el dinero de nada nos aprovecharía, pues al no estar enterados de dicho depósito, no podríamos reclamarlo.

Así son las promesas de Dios. La Biblia está tan llena de promesas de Dios para nosotros, que llenaría un estante entero de libros para revelarlas. Pero si ignoramos su existencia, ¿de qué nos aprovecharán?

• La Biblia contiene promesas para una vida *abundante*, una vida en la cual podemos ahuyentar a Satanás de nuestra presencia, recibir respuesta a nuestras oraciones, y vivir como reyes aquí en la tierra. Pero tenemos que *enterarnos* de esas promesas antes de solicitarle a Dios que nos brinde el beneficio de esas cosas. ¿Y cómo averiguarlo? *¡Solamente leyendo la palabra de Dios!*

La llave al conocimiento de *cualquier cosa* es la comunicación. Cuando somos jóvenes y buscamos el compañero o la compañera que ha de compartir con nosotros el resto de nuestras vidas, dedicamos mucho tiempo

a la comunicación con la persona escogida antes de decidir si queremos pasar con él o ella toda una vida. Se nos ocurre que nos gusta, pero no *sabremos* por cierto, a menos de tener la oportunidad de comunicarnos.

Millones de personas afirman que Dios es tal o cual cosa, ¡y no tienen ni la más remota idea de cómo es Dios! ¿De quién es la culpa? Por cierto que no lo es de *Dios*. Toda persona que quiera saber *cualquier cosa* respecto de Dios, puede hallarlo rápidamente. Pero antes que nada, tiene que bajar la Biblia del estante (o encontrarla en algún rincón del desván) soplarle el polvo de las tapas, ¡y entonces *leerla!*

Todo cuanto quiera saber cualquier persona respecto a Dios, está en sus páginas. Dios puso en juego mucha energía durante años en la *compilación* de la Biblia. Pero no nos inyecta esa información en nosotros. Si anhelamos la compatibilidad con Dios, y vivir en *completa* armonía con El, nos corresponde a nosotros *leer* el libro de instrucciones que nos ha dejado, juntamente con nuestra salvación.

En la última sección mencionamos el hecho de que, en el momento de la salvación, “nacemos de nuevo”. Y ello significa exactamente lo que dice. Luego de años de vivir un cierto tipo de vida, súbitamente somos creados de nuevo, párvulos en pañales, totalmente ignorantes de los más básicos hechos de nuestra nueva existencia.

Cuando nacimos en esta condición la *primera* vez, no había un particular apuro en desarrollarnos y aprender, ni arribar al punto en que finalmente pudiéramos bastarnos a nosotros mismos para ejecutar realizaciones productivas en el mundo.

Hoy, en cambio, en nuestra *nueva* tarea de salvar a todas las almas antes de que retorne el Señor, *¡cada instante se torna esencial!* No contamos con el *tiempo* necesario para sentarnos y esperar que el conocimiento se nos introduzca por ósmosis. Si hemos de ser eficientes obreros para nuestro Señor, debemos *sumergirnos* en la palabra y empaparnos de todo el conocimiento que podamos obtener respecto a nuestro maravilloso Salvador, *¡tan rápido como podamos!*

Pablo se refirió a los miembros de la iglesia en Corinto (1 Corintios 3:1, 2) como niños en Cristo. Habían rehusado progresar en su cristianismo al no estudiar la palabra.

Pedro (1 Pedro 2:2, 3) dio el siguiente consejo: "*Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis...*"

Si en ocasión de nuestro primer nacimiento alguien no hubiera incorporado leche a nuestro organismo, nos habríamos debilitado y hubiéramos muerto en poco tiempo. Nada florece ni crece sin alimentación. Y en el día de hoy, nuevamente recién nacidos, necesitamos alimentarnos si hemos de prosperar y eventualmente cre-

cer para llegar a ser una persona de fuerza y de *poder*.

El alimento a que nos referimos es la Santa Biblia. Fue maravillosamente concebida para brindar leche al recién nacido y carne a los adultos. Dios, en Su infinita sabiduría, diseñó *un* libro capaz de asombrar y deleitar al más nuevo de los convertidos, al par que estimular y cautivar al más sesudo de los teólogos. Es, ciertamente, de todas las cosas de este mundo un libro "hecho para todos" (1 Corintios 9:22).

Los nuevos convertidos deben empezar de inmediato a formar el hábito de alimentar su vida espiritual de la misma manera que alimentan su vida física. Deben tomarse un breve período con la Biblia, todas las mañanas, antes de salir a enfrentarse al mundo. La *mayor parte* del día estamos en comunicación con el mundo (y sabemos quien es el príncipe de *eso*) de modo que ¿por qué no empezar con unos cuantos minutos de comunicación con Dios y *vigori-zarnos* para ese duro trance?

Luego, en algún momento de la noche debemos dedicar un tiempo para *meternos* de lleno a escudriñar la Palabra. Es preciso leer en forma sistemática y *meditar* en lo que se lee, y *estudiar* lo que se esconde *detrás* de la sección que leemos. De hacerlo así quedaremos asombrados de la prontitud con que el Espíritu Santo nos aclara pasajes bíblicos que anteriormente no pasaban de ser *palabras*.

La Biblia, y *nuestro* conocimiento de la misma, es un arma poderosa cuando nos trabamos en lucha con las fuerzas de este mundo. Cuando nuestro Señor fue tentado por Satanás antes de comenzar Su ministerio activo en este mundo, utilizó la Escritura para rechazar la tentación del enemigo. Hasta un poderoso hombre de Dios, como lo fue David (de quien dijo Dios que era un "*varón conforme a mi corazón*" — Hechos 13:22) reconoció la importancia de memorizar la Escritura, cuando dijo: "*En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti*" (Salmo 119:11).

Pablo denominó a la palabra de Dios como "*la espada del Espíritu*" (Efesios 6:17). Si vamos a intervenir en una batalla, una espada es ciertamente indispensable. Dios nos ha dado esa espada en su Biblia. Pero la Biblia no nos sirve de mucho si no la tomamos, nos familiarizamos con su uso, y no la tenemos siempre a mano cuando nos enfrentamos al enemigo.

La única manera en que la palabra de Dios puede estar siempre lista para nuestro uso, es bebiendo continuamente de ella hasta tornarse parte integral de nuestra vida y de nuestro pensamiento. Pierde su utilidad si esperamos una emergencia para recurrir a ella. Y para poder *utilizar* la Escritura en nuestra vida cristiana, debemos impregnarnos de ella al grado de constituir una segunda naturaleza. Y eso solamente se obtiene de una continuada vinculación.

En resumen, la palabra de Dios es una espada, una defensa y un fanal para alumbrar nuestro sendero cristiano. El salmista lo expresó de manera concisa cuando escribió: "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino" (Salmo 119: 105).

PERMANENTE VIDA DE ORACION

Mencionamos brevemente, en la última sección, el aspecto de la comunicación. La comunicación es la llave a todas las relaciones entre los individuos. Sin comunicación no puede lograrse *ningún* tipo de *eficiente* vinculación. Dios se comunica eficazmente con nosotros por medio de Su palabra. Nosotros, por otro lado, nos comunicamos con Dios por medio de la oración. Solamente la oración nos permite mantener un canal abierto para una fluida comunicación en dos direcciones, entre nosotros y nuestro Padre celestial (por vía del Espíritu Santo).

Desde el momento en que aceptamos a Cristo como *nuestro* Salvador, cambia nuestra vida. Experimentamos un gozo y una paz que los problemas de este mundo no pueden disipar. Esta "plena certidumbre" nos fue dada como un don gratuito de Dios. Sin duda alguna nos sentimos impulsados a darle gracias por esta nueva serenidad. Corresponde plenamente que experimentemos esta nueva manera de sentir. Esto tiene su confirmación en 1 Tesalonicenses

5:17, 18: "Orad sin cesar", dice. "Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús".

Hagamos de la oración un hábito diario. Pero no lo dejemos para los breves instantes que preceden al sueño. La Escritura que acabamos de mencionar nos dice que debemos "orar sin cesar". En Efesios 6:18 se nos recuerda que debemos orar en *todo tiempo*.

¿Es realmente posible "orar sin cesar"? Sí lo es. Pero es algo que demanda tiempo. ¿Hemos visto cristianos más experimentados y maduros, a quienes particularmente admiramos? Y esa admiración, ¿no surge, acaso, de la hermosa y serena expresión de sus rostros, de la paz que fluye de cada uno de sus poros? Esta es la mejor marca de los cristianos que han aprendido a *orar sin cesar*.

La oración es comunicación con Dios. Y cuando alcanzamos el punto donde estamos tan a tono con Dios, tan en armonía con nuestro Señor que podemos sentir *constantemente* Su presencia a nuestro lado, entonces estamos realmente en una actitud de permanente oración.

Pero esto no se logra súbitamente y no se alcanza sin esfuerzo de nuestra parte. Al comienzo en nuestra relación con el Señor, es preciso que dejemos expedita *constantemente* la comunicación con Dios. Cuanto más actuemos de esta manera más logramos *sentir*, como parte de nuestra vida diaria, la presencia de Dios a nuestro

lado. Y mientras más sintamos Su presencia más fácil nos resultará comunicarnos con El. Pronto, casi antes de darnos cuenta, nuestro Señor se torna una presencia tan permanente y *tangible* en nuestra vida, que no podríamos ir a ninguna parte sin El. Y una vez que hayamos alcanzado esta etapa podemos decir, verdaderamente, que estamos "orando en todo tiempo".

Una pregunta que con frecuencia se formula es: —¿Cómo debemos orar? Aún los apóstoles, que caminaron físicamente con Jesús, hicieron esa pregunta. Por desgracia, mucha gente considera erróneamente Su respuesta como una oración que se aprende de memoria para ser repetida frecuentemente.

En realidad de verdad, Jesús no "enseñó" a sus discípulos "una oración"; les enseñó "cómo" orar. La oración del Señor es un ejemplo de un formato al cual debemos ajustarnos cada vez que elevamos nuestras oraciones a El.

Brevemente, la oración del Señor puede ser dividida en secciones. Cada una de las secciones exhibe una faceta de nuestra relación con Dios. Cada sección pone de relieve parte de nuestra relación que debemos reconocer *cada* vez que nos presentamos ante Dios en oración. A continuación los puntos sobresalientes:

1. Adoración; reconocimiento de que solamente Dios merece nuestra adoración.

2. Reconocimiento de la fuerza, del poder y de la capacidad de Dios para controlar *todas* las cosas.
3. Presentar nuestras peticiones corrientes ante Dios (con la fe —basada en las promesas contenidas en las Sagradas Escrituras— de que El las contestará).
4. Reconocimiento de *nuestra* responsabilidad en este particular tema y en la *total* relación con Dios.
5. Finalmente, nuestro reconocimiento de que solamente por medio de Dios, de Su Poder, de Su misericordia y de Sus métodos, podemos tener la *esperanza* de ser vasos adecuados para el agua de vida que El decidió derramar sobre nosotros.

Esto es lo que Jesús enseñó a sus discípulos. Les explicaba que la oración es algo más que arrojar apresuradamente una lista de compras sobre el altar. No lo haríamos con la más humilde empleada encargada de la verificación de las mercaderías en un supermercado. ¿Por qué, entonces, demostrar descortesía con el Dios de toda la creación?

En todos los casos debemos iniciar nuestras oraciones con alabanzas y adoración al misericordioso Dios que nos *dio* gratuitamente nuestra salvación. "*Por gracia* (un gratuito e inmerecido don de Dios) *sois salvos por medio de la fe; y esto no de*

vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efesios 2:8, 9).

A continuación agradezcámosle por las más recientes bendiciones recibidas de El, y reconozcamos que *sin* Su misericordia, seríamos menos que nada.

Luego, con el reconocimiento de la *f fuente* de la cual proviene nuestra fortaleza y provisión, estamos en posición de informarle a Dios respecto a nuestras necesidades actuales. Y tenemos que saber que "*el Señor no retarda su promesa*" (2 Pedro 3:9). Dios *disfruta* entregando dones a sus hijos, tanto o más que un padre humano disfruta dando buenas cosas a *sus* hijos. Claro está que puede ser beneficioso para nosotros si a veces tenemos que esperar un poco para obtener la respuesta a nuestras oraciones. Pero sin falta Dios *escuchará* nuestra petición, y hará entrega de nuestras sentidas necesidades, *si no van en detrimento nuestro*.

Jamás se plantean problemas para hacer llegar a Dios nuestras peticiones, y jamás hay problemas respecto al deseo de Dios de entregarnos buenas cosas. Se nos dice, en 1 Juan 5:14, 15: "*Si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho*".

Cualesquiera sean nuestras necesidades, cualesquiera los problemas que debemos enfrentar, Cristo es la respuesta. Nunca permitiré, deliberadamente, que suframos ne-

cesidad, porque figura en sus planes (para nuestro bien) suplir la necesidad. A veces, cuando somos cristianos noveles, cometemos el error de querer atar las manos de Dios con requerimientos demasiado específicos. Esta actitud puede retardar Su respuesta a nuestras necesidades. Al madurar más en el Señor, descubrimos que nuestros requerimientos son más fácilmente atendidos por Dios cuando simplemente señalamos la necesidad y dejamos que Dios lo resuelva de la mejor manera. Cuando lo dejamos a Dios sin las trabas impuestas por nuestros débiles intentos de resolver el problema, las respuestas a las oraciones llegan más pronto y más eficientemente.

Claro está que es importante que nos ajustemos a los dictados de las Sagradas Escrituras respecto a los métodos a utilizar. Cristo señaló, en Juan 14:13 que siempre debemos elevar nuestras peticiones al Padre, *en el nombre de Cristo*. “*Todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo*”.

Hemos esbozado algunas sugerencias para desarrollar una eficaz y satisfactoria vida de oración. Somos verdaderamente bendecidos en que se nos permite el privilegio de recurrir al Amo de toda la creación con nuestras diarias necesidades. Mientras más pronto aprendamos *cómo* presentarle a Dios nuestras necesidades, y luego reposar en Sus promesas y *esperar* Sus respuestas, más pronto alcanzaremos el ni-

vel de esos gigantes de la fe que confían en Dios y en Sus promesas, porque aprendieron por experiencia que *puede* confiarse en Dios en el sentido de que guardará Su palabra.

ASISTENCIA A LA IGLESIA

Puede ser un tema quisquilloso porque muchos pueden honestamente afirmar que han asistido a la iglesia toda su vida y nunca *oyeron* el plan de salvación de Dios. Desgraciadamente esto es algo así como sostener que todas las panaderías son malas porque una vez compramos un pan en mal estado.

Antes que nada, debemos definir qué es una "iglesia". Las Sagradas Escrituras definen "la iglesia", como el cuerpo de Cristo, del cual El es la cabeza. Esta afirmación tiene connotaciones tanto místicas como prácticas. Para simplificar el tema, imaginemos "la iglesia" como un grupo formado por todas las personas de la tierra que aceptaron a Jesucristo en sus corazones y en sus vidas.

Esto no es lo que la gente por lo general visualiza cuando mencionamos la palabra "iglesia". La iglesia, para la mayoría de las personas, crea una imagen de un edificio o de una denominación. Sin embargo, no todas las iglesias están de acuerdo con el plan de Dios.

Haciendo al tema en cuestión, dejemos de lado, por el momento, las *denominacio-*

nes, y busquemos indicios que muestren si una iglesia en *particular* predica o no predica la palabra en espíritu y en verdad. He comprobado la existencia de excelentes iglesias escriturales en prácticamente todas las denominaciones, y también he visto iglesias equivocadas, no escriturales, apóstatas (divergentes de Dios), en casi todas las denominaciones. A continuación anotamos señales positivas que debemos buscar cuando escogemos una iglesia:

1. Debe predicarse la salvación por medio de la sangre. Toda iglesia que enseñe la supervivencia eterna por otro medio que no sea la sangre derramada de Jesucristo promociona algo contrario a la palabra de Dios (1 Pedro 1:18, 19; Mateo 26:28; Colosenses 1:20; Hechos 20:28; Hebreos 9:22).
2. Debe predicarse el bautismo en el Espíritu Santo, con la evidencia de hablar en otras lenguas. (Hechos 2:4; Hechos 10:45, 46; Hechos 19:6; 1 Corintios 14:4, 5, 14-18; Isaías 28:11, 12).
3. Debe predicarse una victoriosa y triunfadora vida cristiana. (1 Corintio 15:57, 58; Efesios 6:10-13; Santiago 1:22; 1 Juan 5:4, 5; Apocalipsis 2:7).
4. Debe predicarse la sanidad, *de acuerdo a la palabra de Dios* (Marcos 6:13;

Santiago 5:14, 15; Exodo 15:26 y 23:25; Isaías 53:5; 1 Pedro 2:24).

5. Debe predicarse el pronto e inminente retorno de nuestro Señor a la tierra, para ocupar la posición que le corresponde como Rey de reyes y Señor de señores (1 Tesalonicenses 4:16, 17; 1 Corintios 15:51, 52; Mateo 24:30; Filipenses 3:20; Juan 14:1-3).

Habiendo encontrado una iglesia buena, que cree en la Biblia, que predica la Biblia, una iglesia de Evangelio Pleno, ¿porqué es importante que *asistamos* regularmente a esta iglesia?

Una de las mejores razones para recomendar la asistencia regular a la iglesia ¡es porque las Sagradas Escrituras nos lo dicen! Hebreos 10:25 nos exhorta a que no dejemos "*de congregarnos*".

Una vez que nos hayamos unido a un cuerpo escritural de creyentes, nos será dado ver el plan de Dios en acción *dentro* de la iglesia. Las Sagradas Escrituras nos dicen que Dios constituyó en el ámbito de las iglesias locales, ciertos ministerios específicos para el perfeccionamiento de los santos, para la edificación del cuerpo (de los santos) y para la obra del ministerio, tanto local como general. Así contamos con apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros (Efesios 4:11, 12). Además nos dicen (1 Corintios 12:28) que otros miembros servirán a la congregación valiéndose

de sus dones de producir milagros, de sanar, de ayudar, de administrar, y los que tienen el don de lenguas. Además, las Sagradas escrituras nos señalan (1 Corintios 12:14) que el cuerpo no es *un* solo miembro, sino muchos, cada uno de los cuales es necesario para la vida y la productividad del cuerpo.

Es esencial que el nuevo cristiano *espere* en el Señor Dios, a su debido tiempo, dotará a cada cristiano con un específico don útil para la totalidad del cuerpo. Con demasiada frecuencia ocurre que el nuevo cristiano se lance impacientemente a su nueva y maravillosa relación con el Señor. Gastan una inmensa cantidad de energía y emoción pero descubren que las cosas ocurren contrariamente a la manera que ellos *piensan* que Dios debería utilizarlos.

Aún Pablo, un erudito en el conocimiento de las Sagradas Escrituras mucho *antes* de haberse salvado en el camino a Damasco, se retiró al desierto a meditar y estudiar las Escrituras por *tres años* antes de comenzar su ministerio activo (Gálatas 1:18). Nunca hay demasiado poco tiempo en los planes de Dios. Dios *tiene* para cada uno de nosotros un ministerio específico y nos llamará para ejercerlo recién cuando hayamos madurado y sazonado. En el ínterin Dios espera que crezcamos como cristianos y ello solamente se obtiene siguiendo las prácticas que recomendamos en este opúsculo.

¿Cuáles son las ventajas de mantenernos en comunión con los demás en una iglesia que se ajusta a los preceptos bíblicos? Hay

muchas. Aparte de las que son obvias, tales como los consejos que puedan solicitarse, el apoyo y el consuelo de parte de otros cristianos, también hay beneficios *específicos* dentro de la *organización* de la iglesia.

Por ejemplo: la Escuela Dominical, estudios bíblicos y las reuniones semanales de oración son parte integrante de la mayoría de las iglesias de Evangelio Pleno. Valiéndonos de esas enseñanzas *organizadas*, progresaremos más rápidamente en la comprensión de las Sagradas Escrituras que si las estudiamos por nuestros propios medios.

Además, es mayor la probabilidad de que la manifestación del Espíritu Santo, el “ungimiento”, se derrame sobre *grupos* de creyentes más que sobre individuos aislados. Cualquier persona que haya participado alguna vez de reuniones de avivamiento de “Espíritu Santo”, sabe perfectamente lo que quiero significar. Y ese mismo unguimiento, esa toma de conciencia tangible de la presencia del Espíritu de Dios, se manifiesta, habitualmente, en los cultos locales de Evangelio Pleno.

Luego, hay el simple hecho de las ansias que desarrolla el nuevo cristiano por una comunión *regular* con sus hermanos y hermanas en Cristo. De la misma manera que es natural que las personas ligadas por vínculos familiares se sientan más cómodos juntos, el cristiano se siente más cómodo en el amor compartido de su “familia” espiritual. Esta sensación de confort y per-

tenencia no lo consigue el cristiano en *ninguna parte* que no sea la compañía de sus hermanos cristianos.

¿Y qué decir del desagradable pero necesario tema del dinero? ¿Es *realmente* necesario diezmar o *no* es? Consideraciones de orden práctico nos dicen que hoy en día es imposible hacer *nada sin* dinero. No podemos esperar que un auditorio privado nos provea gratis de un sitio cubierto, asientos y calefacción. ¿Cómo esperar, entonces, que se mantenga en excelentes condiciones el edificio de la iglesia y sobreviva el pastor sin dinero?

Malaquías 3:8-10 nos pregunta: “¿*Robará el hombre a Dios? Traed los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.*”

Pablo escribió a la iglesia de Corinto, previo a su visita (1 Corintios 16:2): “*Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas.*”

Jesús dijo: “*Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir*” (Lucas 6:38).

De modo pues que la Escritura, como asimismo el sentido común, nos dicen que es necesario que apoyemos a las iglesias de

nuestra preferencia por medio del diezmo. Dios suple las necesidades para llevar a buen término Su plan en la tierra, pero para ello *tiene* que utilizar aquí a sus servidores humanos. Debemos asistir a la iglesia que nos alimenta espiritualmente, y nosotros hagamos nuestra parte alimentando financieramente las necesidades de la iglesia.

Notas

BAUTISMO POR AGUA

¿Qué significación tiene el bautismo por agua? ¿Acaso, al haber confesado a Cristo con nuestros labios no hemos hecho todo lo que la Biblia nos dice que hagamos para asegurarnos la salvación? ¿Hay alguna razón por la cual debemos esgrimir argumentos adicionales como prueba de nuestra conversión? A decir verdad, hay varias razones.

Para empezar, no hallamos mejor ejemplo que los actos de nuestro Señor *mientras* estuvo en la tierra. Las Sagradas Escrituras afirman "*que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.*" (Hebreos 4:15). Significa ello que Su experiencia humana fue perfecta —totalmente intachable— sin pecado. Por lo tanto podemos tomar *cualquier* acción de Jesús, mientras anduvo en la tierra, como absolutamente en armonía con la voluntad de Dios el Padre. ¿Y qué hizo Jesús respecto al bautismo? No solamente aceptó el bautismo para El mismo, sino que *insistió* sobre ello.

Jesús acudió a Juan el Bautista para ser bautizado en el Jordán. Juan, dirigiéndose a Jesús, le dijo: "*¡Yo necesito ser bautizado por ti!*"

Jesús respondió: "*Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia*" (Mateo 3:13-15).

Así, pues, Juan bautizó al Señor quien, de todos los seres humanos que pisaron esta tierra, no necesitaba ninguna purificación.

Por lo tanto, resulta imposible negar la necesidad del bautismo para *todos*.

Así, además, lo establece la Escritura. Pedro, predicando a los gentiles, les *ordenó* que fuesen bautizados. *¿“Puede acaso alguno”* preguntó, *“impedir el agua, para que no sean bautizados...? Y mandó bautizarles en el nombre del Señor”* (Hechos 10:47, 48).

Jesús, cuando encomendó a sus discípulos “la gran comisión”, incluyó el acto del bautismo, en el más importante de todos sus mensajes. *“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones”* les dijo, *“bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...”* (Mateo 28:18-20).

De modo que contamos con un *ejemplo* escritural para el bautismo, y un *mandamiento* escritural a ser bautizados. ¿Pero en qué *consiste* el bautismo y por qué es tan importante?

Creo que la verdadera razón que explica la importancia del bautismo es similar al llamado a confesar nuestra conversión públicamente. Corren paralelas nuestra pública proclamación de sometimiento a Dios, y el acto de inmersión en el agua (como señal de nuestro arrepentimiento y disposición a ver lavado nuestro pasado). Es un patente y *positivo* paso público, que dice: —Sí, Padre, someto mi voluntad a la tuya, y ésta es la línea divisoria entre mi antigua y mi nueva vida.

El acto del bautismo por agua es una honda y conmovedora experiencia espiritual.

Siempre habremos de guardar un inolvidable recuerdo del mismo.

Notas

- Bautizado en Agua: Sábado 31/1/87.
Lugar: Federico Villareal 259, Santa Cruz, Miraflores.
Lo hizo: Pastor Raúl Zegarra
Mora: de 10.00 a 11.45 am.

LA FUENTE DEL PODER: EL ESPIRITU SANTO

Cristo sabía que luego de Su partida sus discípulos quedarían como ovejas sin pastor. Por ello les ordenó que no hicieran absolutamente *nada* hasta el momento en que El les enviara el "Consolador". ¿Y qué ocurriría entonces?

"...recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8).

Los discípulos hicieron tal cual Jesús les ordenó. Permanecieron en un aposento alto y oraban mientras aguardaban el prometido don del Espíritu Santo. Y en Pentecostés estaban unánimes, juntos, y el Espíritu Santo cayó sobre el grupo exactamente como lo prometió Jesús, y los discípulos se lanzaron al mundo con fuerza arrolladora y cambiaron en muy poco tiempo el curso de la historia.

En el intervalo que corrió entre la muerte de Jesús y Su resurrección, los discípulos se sintieron desalentados y derrotados, tan al garete como una flota de barcos sin timón. Pero cuando Jesús los dejó la *segunda* vez (cuando ascendió al cielo) sus acciones fueron tan diferentes como el día lo es de la noche. En ambos casos quedaron sin la dirección *personal* del Señor, pero ahora eran como leones rugientes, arrolladores y victoriosos. ¿Dónde radica la diferencia?

¡La diferencia fue que *ahora* estaban llenos del Espíritu Santo de Dios! Juan el Bautista había prometido que Jesús bautizaría con el Espíritu Santo *y con fuego* (Mateo 3:11). Cualquiera que lea la historia de la iglesia primitiva no podrá negar que hubo *algo* que encendió un fuego debajo de ellos.

¿Y qué tiene que ver todo esto con nosotros? ¡Tiene una *tremenda* significación para nuestras vidas! No bien los ineficaces, débiles y humanos discípulos fueron llenados con el Espíritu Santo, se transformaron en vivas imágenes de Jesús. Realizaron milagros, sanaron enfermos, y predicaron con formidable poder. Y conociendo la importancia de la transformación que *ellos* experimentaron, exhortaron *a todos los nuevos convertidos* a recibir, también ellos, el bautismo en el Espíritu Santo (Hechos 8:14-17).

Nada hay en la Biblia que sugiera que ese formidable poder del Espíritu Santo que mora en los creyentes ha sido declarado inasequible en el día de hoy. Sabemos que hay literalmente *millones* de cristianos entregados, fructíferos y *eficaces*, que asignan *todo* el mérito de su eficacia a la experiencia de haber recibido el bautismo en el Espíritu Santo con la evidencia de hablar en lenguas.

Pero la decisión final nos corresponde a nosotros. Dios jamás impone a nadie Su voluntad. Si escogemos no recibir el poder del Espíritu Santo en nuestras vidas, nues-

tra decisión en nada afectará nuestra salvación, o el amor de Dios por nosotros como uno de Sus hijos. No podemos ser más "salvos" sea que busquemos o que no busquemos el bautismo en el Espíritu Santo.

Pero hay ventajas *personales*, como asimismo ventajas en el contexto del programa de Dios. Todas las personas que reciben el bautismo del Espíritu Santo testifican que la paz, el gozo, la serenidad y la certeza que los llena *simultáneamente* es de indescriptible solaz en sus vidas, de ahí en adelante.

Pero estos millones de cristianos llenos del Espíritu Santo coinciden en afirmar que esta alegría y certeza *no* es el cambio más importante. La diferencia más impresionante en quienes han recibido el bautismo en el Espíritu Santo es su súbita transformación de cristianos pasivos e inertes en productivos y corajudos testigos para Cristo. Son *estos* los obreros que Dios necesita hoy.

No debemos llamarnos a engaño en el problema de "lenguas". Al par que hablar en una lengua desconocida es una evidencia escritural indiscutiblemente verificada del bautismo en el Espíritu Santo (y resulta edificante a los cristianos llenos del Espíritu, 1 Corintios 14:2, 3), de ninguna manera agota el tema.

El Libro Hechos de los Apóstoles no se *reduce* a relatos de hablar en lenguas. Es, primordialmente la historia de un grupo de hombres inspirados que salieron y *cam-*

biaron el mundo en un momento en que Dios quería que fuese cambiado.

Vivimos un período similar. Todas las profecías bíblicas confirman que *estamos* en el final de los tiempos, y Dios reúne en su alfolí todos los llamados a ser salvos. Pero necesita obreros para la siega. Necesita obreros dedicados, *entregados*, arraigados en las Sagradas Escrituras, y armados con el fuego del Espíritu Santo, para salir al campo y llamar a todos cuantos El *quiere* llamar. Sin el bautismo en el Espíritu Santo, ningún obrero cristiano puede ser tan eficaz como lo sería con el bautismo.

No descuidemos de armarnos con esta indispensable arma. Los ardidés de Satán son numerosos. Atacarlo sin contar con el Espíritu Santo es ir a la batalla desarmado. La promesa la tenemos, con solo pedirla. Dijo Pedro, en Hechos 2:39: "*Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.*"

Y esto nos incluye a todos. Debemos adelantarnos y tomar las armas. La promesa es para hoy, y es para cada uno de nosotros.

Notas

LA VOLUNTAD DE DIOS PARA NUESTRAS VIDAS

Cristo estableció que lo esencial, en la vida, era *¡hacer la voluntad de Dios!* Dijo, en Juan 4:34: "*Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.*" Pero las Sagradas Escrituras van más allá de este *ejemplo* de Jesús respecto a hacer la voluntad de Dios. Nuestro Señor hizo una sorprendente declaración en Mateo 7:21. En ella deja mal parados a ciertos "cristianos" letárgicos, flojamente comprometidos, que creen poder situarse en la primera fila de gloria con poco o ningún compromiso a la voluntad de Dios. "*¡No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos!*"

Obviamente, reviste gran importancia que nosotros adoptemos una actitud como la que adoptó el propio Jesús. La dejó claramente delineada en Juan 5:30: "*No busco mi voluntad*" dijo, "*sino la voluntad del que me envió, la del Padre.*"

David, el varón conforme a la voluntad de Dios, ilustró su actitud respecto a ejecutar la voluntad de Dios, cuando dijo: "*El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón*" (Salmo 40:8).

Habiendo aceptado a Cristo como Amo de nuestras *vidas*, se hace imperativo que determinemos *Su* preferencia en *nuestras*

vidas. La llave para averiguar cual sea la voluntad de Dios, es conocer el *Espíritu* de Dios. Quienes intiman con Dios o adoran a Dios, deben hacerlo así *por el Espíritu*.

Es el espíritu del hombre el que entra en contacto con Dios. Y nuestro espíritu puede ampliarse para hacer ese contacto con el Espíritu de Dios. Pablo menciona el espíritu del hombre en 1 Corintios 2:10, 11. Su bendición a Timoteo (2 Timoteo 4:22) y a Filemón (Filemón 25) es: "*El Señor Jesucristo esté con tu espíritu.*"

De modo que es esencial, si hemos de elevar nuestro espíritu a un nivel compatible con el Espíritu de Dios, que nos sumerjamos en el manual de instrucciones que Dios ha previsto para nuestro alimento espiritual.

Jesús dijo en Mateo 4:4: "*No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*" Obviamente, el alimento espiritual que necesitamos para desarrollarnos y crecer a un grado donde podamos intimar con Dios, hemos de hallarlo en la *palabra* de Dios. Solamente estudiando en actitud de oración la palabra de Dios, lograremos armonizar con la esencia de Dios y aplicar estas mismas verdades a *nuestras* vidas. Entonces, y recién entonces, comenzaremos a vivir una vida realmente conformada a la voluntad de Dios. El Espíritu Santo es nuestro maestro, que nos ha sido enviado por Dios. Solamente bajo la dirección del Espíritu Santo

podremos digerir plenamente las cosas que leemos de Dios en Su Palabra. Su palabra está *tan* repleta de carne para nosotros, que nunca podremos empezar a absorber ni siquiera una pequeña porción de la misma.

Por ejemplo, si no dispusiéramos de otra cosa, en todas las Sagradas Escrituras, que los capítulos quinto y sexto de la carta de Pablo a los efesios, tendríamos suficiente *combustible* para vivir una *buena* vida cristiana. Todo lo que Dios espera de nosotros es que seamos y hagamos lo que está contenido en esos dos capítulos. Y si bien es cierto que hay cosas específicas en esos capítulos, nuestra guía para vivir puede ser resumida aún más concisamente. Todo cuanto ocurra puede ser puesto en su correcta perspectiva con sólo formularnos la siguiente pregunta: —¿Agrada a Dios?—.

Este es el punto de partida para el vivir cristiano. Cuando se le preguntó a Jesús cual era el mandamiento más importante, respondió que las responsabilidades *importantes* de una vida cristiana eran amar a Dios con todo el corazón y tratar a los demás como a uno le gustaría ser tratado. (Marcos 12:38-34). Toda persona que viva su vida con estos dos pensamientos en mente, no se apartará de la voluntad de Dios.

Luego, con nuestras acciones y motivos amoldados a la voluntad de Dios, la próxima pregunta es: ¿qué es, *específicamente*, lo que Dios quiere que yo haga con mi nueva vida? ¿Dónde puedo ser más útil para hacer

progresar su plan para el final de los tiempos?

Desgraciadamente, la gran mayoría de *nuevos* cristianos, asombrados por la magnitud de la nueva vida que se les ha abierto, se convencen que la única manera en que realmente pueden lograr resultados, es entregarse formalmente a la tarea de ministro, pastor o evangelista. Bien es cierto que algunos *son* llamados a llenar esos roles. Pero el dirigente ordenado de un rebaño no tiene más gloria, a los ojos de Dios, que el más humilde obrero que ejecuta su tarea en un rol de apoyo.

Ningún pastor y ningún predicador puede ejecutar por sí mismo la voluntad de Dios. El vecino que persuade a un incrédulo para asistir a una reunión de avivamiento en la cual se salva, no es menos importante que el predicador que predica en la reunión.

El predicador que ocupa el púlpito el día domingo no podría *preparar* su sermón si alguien no lo hubiera relevado de tareas administrativas durante la semana. Muy a menudo pensamos que el prestigio, la posición y la notoriedad pública constituye el criterio que utiliza Dios para evaluar la eficacia de Sus obreros. Pero al respecto, ¿qué es lo que dice la Biblia?

“Dios no hace acepción de personas” (Hechos 10:34).

No debemos preocuparnos, por lo tanto, en cuanto al sitio específico *donde* Dios habrá de utilizarnos para ejecutar Su tarea. Debemos tener la certeza de que El nos

utilizará en un ministerio específico, no bien hayamos madurado al grado de vencerlo de que sabremos llevar a buen fin la tarea encomendada. Hay una multitud de servicios necesarios en los planes de Dios, y *ningún* cristiano dedicado debe preocuparse de que Dios se olvide de él en el tráfico diario.

La Biblia enseña que, como hijos de Dios, ¡somos llamados a servirlo! 1 Corintios 7:17 nos dice: "*Como el Señor lo repartió... así haga.*" Este pasaje de las Sagradas Escrituras, nos dice dos cosas. En primer lugar, que Dios tiene una tarea específica para cada uno de nosotros y, en segundo lugar, debe *satisfacernos* ejecutar la obra que Dios nos asigna, porque es importante en el plan general de Dios.

Hay tres áreas principales para la tarea cristiana, tal cual lo expresa Efesios 4:12. Estas áreas son:

1. El perfeccionamiento de los santos.
2. La tarea del ministerio.
3. La edificación del cuerpo de Cristo.

La obra del ministerio es sólo *una* de las tres importantes áreas establecidas por Dios. Ser llamado por Dios para actuar en Su *voluntad* y en Su *plan*, no supone necesariamente que haya que trabajar en el rol vocacional de ministro, pastor o evangelista. Son muchísimos los mal informados, ya sea por otros o por sus propias emociones, que piensan que la única obra cris-

tiana que *vale la pena* es la de ser ministro del evangelio.

En realidad de verdad, los ministerios formales constituyen solamente un aspecto del más vasto propósito estructural de Dios. Y de ninguna manera constituyen el aspecto más importante. Un todo integral *no* puede funcionar sin todas sus facetas conducidas, adiestradas y en buen estado de funcionamiento.

El ministro en el púlpito o el evangelista en su cruzada, es tan inútil como un general sin un ejército o una cometa sin hilo. *Nada* es eficaz cuando faltan partes de su estructura. Ninguna máquina puede funcionar sin que cada una de sus partes esté lubricada y funcione con facilidad.

Es lo que pasa con la bien lubricada maquinaria de Dios. *Cada* parte es esencial. Dios tiene un lugar establecido para nosotros. Cuando Dios lo disponga nos revelará el sitio que nos corresponde. Preparémonos ahora para que cuando llegue el momento, podremos ejecutar nuestra tarea con la eficiencia y habilidad que Dios quiere que demostremos.

Notas

EN CONCLUSION

Sugiero a mis lectores que guarden y releen este opúsculo. Desgraciadamente hay dos tipos de cristianos. Hay los que se guardan para sí mismos la salvación, aprecian este inmerecido don de Dios, pero no hacen esfuerzo alguno para compartirlo con otros.

Hay otros que se adelantan con entrega y dedicación procurando que los demás escuchen las buenas nuevas que Dios tiene para ellos. Este folleto es una clara directiva para hacer de cada uno de nosotros uno de esos productivos cristianos tan necesitados por Dios en estos tiempos, si Su plan ha de alcanzar la *plenitud* buscada.

La salvación es nuestra. Es lo que Dios nos ha prometido y nadie puede quitárnosla. Pero hay más que eso. El cristiano trabajador y victorioso tiene asegurado un lugar especial en el cielo. Un día será llamado a comparecer ante la muchedumbre de salvados, para recibir el supremo espaldarazo. Escuchará las tan esperadas palabras de nuestro Señor y Salvador hablando a un reducido y selecto grupo y diciendo: "*Bien, buen siervo y fiel.*"

¿Qué honras en este mundo puede compararse con *esta* distinción? Y todo lo que se exige es aplicación y una determinación de que habremos de adelantarnos, en total entrega, para *hacer* la voluntad de Dios. Es ese el motivo de publicar este folleto: diseñar los *medios* para llegar a ser uno de estos *especiales* hijos de Dios, que actúan po-

sitivamente hacia la madurez y adquieran la categoría de eficaces obreros en el plan de Dios.

Me consta que si mis lectores siguen las sugerencias delineadas en este folleto, llegarán a ser uno de los escogidos de Dios a quienes les confiará responsabilidades *especiales*: responsabilidades que solo llegan a quienes se han esforzado armándose y preparándose para una eficiente labor.

Preparémonos y Dios nos utilizará. Y nos utilizará en el grado en que nos hemos preparado. Todo lo anterior puede resumirse en una frase que utilizó a menudo: "*Anda con Dios y El andará contigo.*"

Que Dios os bendiga.